

descontento frente a las presiones marroquíes y francesas han querido hacer sobre ellos para que se integrasen en el Gran Maghreb, pieza clave de la nueva «política mediterránea» de Georges Pompidou. Tres declaraciones hechas sucesivamente por tres dirigentes franceses, según las cuales «Libia forma parte del Maghreb», han sido tomadas por el gobierno libio como una intromisión especialmente intolerable, ya que desde la revolución de 1969 apenas comienza a emanciparse de la tutela extranjera.

Al sentir este «mal humor» libio, Georges Pompidou ha rectificado el tiro. Con énfasis gaullista ha afir-

mado públicamente: «Libia es y seguirá siendo Libia», dando a entender a los miembros del Consejo de la revolución que en absoluto él pretendía marcarles una conducta en los campos político y diplomático. El presidente parece haber conseguido arreglar las cosas al menos por el momento, pero si los vínculos que existen entre París y Trípoli no se han roto todavía, no quiere ello decir que tengan una solidez a toda prueba. Respecto al contrato de los «Mirage» sería erróneo decir que ya no hay nada que hacer; pero cabe pensar que aún la suerte no está decidida.

LAS SIRENAS DE RIO

Al mismo tiempo que los cinco prisioneros políticos liberados por el Gobierno brasileño confirmaban en Méjico la utilización sistemática de las torturas más espantosas en las cárceles brasileñas, el ministro del Interior francés prohibía la difusión del libro «Para la liberación del Brasil», recopilación de textos políticos del dirigente revolucionario Carlos Marighela (asesinado por la policía en Sao Paulo el pasado mes de noviembre), traducidos y presentados por Conrad Dretz. «Editions du Seuil» han protestado contra esta decisión de censura no motivada (una ley de antes de la guerra autoriza al ministro del Interior a prohibir, sin dar explicaciones, la publicación de cualquier autor extranjero), pero las razones del Gobierno son claras: no quiere comprometer el juego económico que lleva en Brasil.

El pasado mes de noviembre, se trasladó al Brasil una misión industrial francesa compuesta por

veintiséis personas. A su regreso, hizo público un entusiasta informe sobre el «carácter espectacular de la recuperación económica del Brasil desde el establecimiento del nuevo régimen» y sobre la posibilidad de efectuar, en este país, inversiones tan lucrativas como las de los americanos. Pero para ello, naturalmente, hace falta el consentimiento del Gobierno de Brasilia, que pone una condición política: la de que se termine con todas las actividades, en Francia, de los exiliados brasileños que se dedican a denunciar las torturas de la policía y apoyar la resistencia interna. La prohibición del libro de Marighela no es sino la primera medida destinada a aplacar a los brasileños. Otra medida propuesta es la expulsión de Francia de los exiliados más activos. De la lista se encargaría el propio jefe de la policía política de Sao Paulo, Sergio Paranthos Fluery, a quien se espera próximamente en París.



LUCHA ARQUITECTONICA EN OSAXA

La Expo 70 de Osaka es un muestrario de la más moderna arquitectura del mundo. La tendencia triunfalista de las torres a clavarse en el cielo forma la parte competitiva de este conjunto de pabellones nacionales. Los japoneses han entrado en esta lucha por la modernidad acudiendo a la tradición: sus torres son una pagoda clásica, pero de ochenta y seis metros de altura, elevada por cincuenta y dos firmas de constructores de equipo electrónico.

Crónicas de la Era Lunar

BALADA POR DOS CONTESTATARIOS

Por PABLO DE LA HIGUERA

El marqués y la marquesa han muerto. El marqués se llamaba Anatole Cauvet de Blanchonval; la marquesa, Catalina. Eran muy viejecitos. Eran tan viejos, tan viejos, que se habían muerto mucho antes de morirse.

Hace años —¿cuántos?— se habían enterrado en vida en un viejo caserón de un elegante barrio de París. El caserón tenía tres pisos, pero los viejecitos vivían —¿vivían?— en la planta baja, pues no podían subir las escaleras para llegar a los pisos de arriba. No tenían radio, ni televisión, ni recibían periódicos. No tenían amigos. El reloj de la sala se había parado en una hora indefinible, no se sabe si de la mañana o de la noche, no se sabe de qué día, de qué mes y de qué año...

Una vez al día, cuando se les ocurriera, al buen tuntún, a las diez de la mañana o a las cinco de la tarde, salían a tomarse una sopita al restaurante de la esquina. El portero los llevaba en coche y los devolvía después a su entierro. Fuera, en la calle, transcurría el tiempo. Pero dentro, en la sala, las agujas del reloj seguían tenazmente inmóviles, suspendidas de aquella hora extraña, no se sabe si de la mañana o de la noche, no se sabe de qué día, de qué mes y de qué año...

Un día no bajaron a tomarse su plato de sopa. El portero entró en la casa y los encontró muy quietos, tan quietos como las agujas prisioneras del indecible ayer. El portero sonrió con ternura. No había más que prolongar la ceremonia del entierro...

Eran los dos contestatarios más grandes de la sociedad de consumo. Todo lo que le exigían era un plato de sopa, y ahí se acabaron las concesiones. No como otros, que son contestatarios con descapotable. Ellos ni descapotable, ni sol, ni noticias del mundo, ni nada. Por no contestar no contestaban ni la propia contestación. Habían vivido su tiempo, su marquesado activo en las noches de Tabarin y amaneceres de niebla en el Bosque de Bolonia con pistoletazo breve por un quiteme allá esa cortesana. Ahora, solicitados por lo de Nanterre, la revuelta de los comerciantes, las protestas de los campesinos, el salón del automóvil, los contratos de progreso, el cohete "Diamante" y el sempiterno asunto de los judíos, se han cerrado en banda y han dicho francamente que no, que hasta ahí podían llegar las bromas. Y un día —¿de qué mes?, ¿de qué año?— no le dieron cuerda al reloj de la sala...

Sigan descansando en paz.

Italia

UNA «COMEDIA DELL'ARTE» POLITICA

El Papa no quiere oír hablar de divorcio. Y la clase política italiana tiene miedo a las elecciones.

La curia estaba dividida, pero el Papa ha hecho caso omiso de todas las objeciones para imponer su voluntad: no admitía que el parlamento italiano pudiese autorizar, aunque fuese con un sinnúmero de restricciones, el divorcio que el tratado de Letrán (firmado en 1929 con el gobierno de Mussolini) prohibía formalmente. Por eso, a principios de febrero, y pesar de las energías reservadas expresadas por su se-

cretario de Estado, el cardenal francés Villot, dirigió una nota diplomática a Mariano Rumor, primer ministro demócrata-cristiano del gobierno de Roma. Rumor, que había entablado ya conversaciones con socialistas, social-demócratas y republicanos con vistas a la reconstitución del centro-izquierda, guardó silencio con respecto a esta nota. Sabía que su efecto sería desastroso.

Pablo VI decidió entonces hacer público el asunto. Y lo hizo el 11 de febrero, con ocasión de un discurso pronunciado en la plaza de San Pedro, de Roma. El problema del divorcio iba a convertirse así en el centro de la crisis política italiana. Era, en efecto, imposible constituir un gobierno que se contentase con observar una estricta neutralidad durante los debates parlamentarios (la ley, adoptada ya por la Cámara

vas elecciones, así como con la habilidad de Fanfani. Después de una serie de deliberaciones más o menos penosas, el P.S.I (Partido Socialista de Izquierda) y el P.S.U. (Partido Social-Demócrata) terminaron cediendo.

Fanfani, sin embargo, no se consideró satisfecho con este primer éxito. Aprovechando la lección de las crisis precedentes, quiso obligar a los secretarios generales de

toda la prensa moderada como el hombre que ha osado arrostrar la «partitocracia» y enfrentar a la clase política con sus responsabilidades. En caso de disolución de las Cámaras, Fanfani será el catalizador natural de todos los que desean un «régimen de orden y autoridad».

LA DISOLUCION

Pero, ¿se llegará por fin a la disolución de las Cámaras? Por ahora se trata de evitarlo por todos los medios. El presidente Saragat ha confiado una nueva misión a Mariano Rumor. Si éste tiene otro fracaso, habrá que recurrir inevitablemente a las elecciones. Esta eventualidad inquieta particularmente a los socialistas, que tendrían que pagar caro el precio de sus eternas dudas. Pero el ala izquierda de la democracia cristiana y el partido comunista ven también con malos ojos tal eventualidad. La composición del actual parlamento (en el que, a diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, no existe coalición homogénea alguna) ha permitido, en efecto, la formación de mayorías favorables al voto de importantes leyes sociales. Así es como el movimiento obrero ha conseguido, después de una serie de huelgas, imponer una notable legislación sobre las jubilaciones, el principio de la supresión de las zonas de salarios y la apertura de un debate sobre el problema de la vivienda.

Ello explica también el que todo un sector de la burguesía abogase por su disolución. Pero los grandes empresarios y los tecnócratas de Estado siguen mostrándose muy reticentes.

«La situación de Italia —han observado los expertos económicos— nos nos permite ya el lujo de una grave crisis». Durante los ocho primeros meses del año 1969, la producción italiana fue superior en un 8 por ciento a la de los meses correspondientes de 1968. Durante los cuatro últimos meses (el llamado «cálido otoño»), ha sido inferior en un 6 por ciento. No es momento

para comprometer al país en una batalla electoral cuyo resultado, por lo demás, quizá no sea tan claro como se lo imagina la derecha.

El Vaticano, por otro lado, una vez satisfecha su principal reivindicación, juega también en el sentido de una solución positiva de la crisis. Y es que ve con inquietud la evolución que se está produciendo en los medios populares cristianos. La poderosa organización de los obreros católicos (A.C.L.I.) se separó, en junio último, de la democracia cristiana, y su antiguo secretario general, Livio Labor, creó una asociación política (la A.C.P.O.L.) que, con ayuda de hombres como Lelio Basso (P.S.I.U.P.) y Riccardo Lombardi (P.S.I.), se colocó inmediatamente dentro del sector socialista. El episcopado reaccionó pidiendo al A.C.L.I. que continuase respetando, si no sus antiguos compromisos políticos, por lo menos su vocación confesional. Pero las advertencias no impidieron el libre desarrollo de un movimiento originado en la extraordinaria fermentación social que agita a toda Italia.

En la mayoría de los partidos se están produciendo una serie de movimientos internos: dentro de la democracia cristiana, el ala izquierda, animada por Donat Cattin, tiende a aproximarse al A.C.P.O.L. de Labor; en el P.S.I., los amigos de Riccardo Lombardi se oponen con mayor vigor cada vez a la reconducción de la política de centro-izquierda: en el P.S.I.U.P. (Partido Socialista Revolucionario), Lelio Basso, Vittorio Foa y los miembros jóvenes se rebelan contra la actitud demasiado prosoviética de la dirección; finalmente, en el partido comunista, la exclusión del grupo del «Manifiesto» no ha puesto fin al enfrentamiento entre la derecha y la izquierda.

En espera de que se produzcan todos estos cambios, a los partidos no les queda más remedio que seguir representando esta sorprendente *commedia dell'arte* que empieza a cansar a todo el mundo. Hasta a los de fuera. ■ GILLES MARTINET.



de diputados, iba a ser sometida a discusión en el Senado). Había que llegar a una solución. Pero, ¿cuál?

DEBATES «A RITMO LENTO»

Aldo Moro, demócrata-cristiano, a quien el presidente de la República había confiado la formación de un nuevo gobierno tras el fracaso de Rumor, sugirió una fórmula de compromiso: se negociaría con el Vaticano, pero no por ello se suspendería el procedimiento parlamentario.

Al término de estas dos gestiones simultáneas, el pueblo italiano podría pronunciarse sobre el asunto mediante referéndum. Esta fórmula intermedia recibió el apoyo de cierto número de cardenales, aun cuando tres jesuitas, profesores de la universidad gregoriana, los padres Diez Alegría, Emile Pin y Paolo Tufari, declararon que las resoluciones del Concilio sobre el principio de libertad religiosa se oponían a que la Iglesia pidiese del Estado la prohibición del divorcio.

Estas propuestas y críticas fueron mal acogidas por el Papa, quien mantuvo con firmeza su postura. Aldo Moro se retiró, y su rival en el seno de su propio partido, Amintore Fanfani, a quien todos los indicios señalan como nuevo presidente, se apresuró a acceder al deseo de Pablo VI: «Es necesario —declaró— entrar en negociaciones con el Vaticano, y, en espera de sus resultados, no suspender, sino retrasar, el desarrollo de los debates ante el Senado».

La mayoría de los observadores creyeron entonces que la crisis no tendría solución. Nunca, se pensó, aceptarían los partidos laicos semejante solución. El socialista de derechas Fortuna, autor de la ley sobre el divorcio, confirmaba esta impresión declarando que sus amigos no se inclinarían ante la intervención de la Santa Sede en los asuntos internos italianos. Pero había que contar con el miedo a nue-

los partidos de coalición a entrar en el gabinete en calidad de ministros de Estado. «Es el único modo —decía— de obligar a estos partidos a respetar la solidaridad gubernamental». Ahora bien, los socialistas han querido desde siempre conservar cierta libertad de acción para su gobierno, y los militantes del P.S.I. (que, a diferencia de la organización social-demócrata, han seguido siendo un partido de masas) forman junto a los comunistas no sólo en las luchas sindicales, sino también en la gestión de numerosos municipios. El P.S.I. se ha encabritado y Fanfani ha tenido que renunciar a su misión.

Lo ha hecho sin el mínimo gesto de mal humor. Sabía, en efecto, que su actitud le valdría una gran popularidad dentro de todo un sector de la opinión pública. Ya tenía una reputación de «pequeño De Gaulle» (es el único político italiano que simpatizó con la política del ex presidente de la República Francesa). Y se presenta a los ojos de

